

EL MAESTRE DE CAMPO LOPE DE FIGUEROA: UN HÉROE DEL SIGLO XVI

Juan ORTI PÉREZ



(I. M. retirado)



N diciembre de 1555, Carlos V abdicó en favor de su hijo Felipe II los Estados de Flandes en una solemne ceremonia que tuvo lugar en Bruselas y, poco tiempo después, completó su renuncia cediéndole los reinos de España, las Indias, Nápoles, Cerdeña, Sicilia y el Ducado de Milán. Felipe II había recibido en herencia todo un Imperio, al que sumó Portugal y sus posesiones ultramarinas en los primeros años de la década de 1580.

Éste ciertamente se extendía por todos los husos horarios y, como era de suponer, no estuvo exento de problemas para el rey católico: en el Mediterráneo se libraba una «lucha entre imperios» contra los otomanos y sus aliados berberiscos; al otro lado del Atlántico, se llevaba a cabo la apasionante aventura de la conquista de América, y en Europa habían estallado las guerras de religión y la rebelión de los nobles en Flandes. A todo ello se sumaban otros conflictos no menos importantes, como las guerras contra Francia y el Vaticano o la sangrienta rebelión de las Alpujarras, ésta en la propia metrópoli. Todo ello obligó a la Monarquía Hispánica a realizar un despliegue militar sin precedentes.

Personajes como el duque de Alba, Juan de Austria, Alejandro Farnesio o Álvaro de Bazán asumieron, sin lugar a dudas, el protagonismo de las acciones militares que se llevaron a cabo en Europa y el Mediterráneo. Junto a ellos, otros quizás menos conocidos, como Álvaro de Sande, Julián Romero, Cristóbal de Mondragón, Octavio de Gonzaga, Sancho Dávila o Lope de Figueroa, por citar sólo unos pocos, constituyeron el brazo armado de Felipe II. La formidable maquinaria de guerra de la que se valieron para llevar a cabo la

estrategia militar del rey fueron los tercios, unidades que en el siglo XVI ya eran consideradas la mejor infantería de Europa y el primer ejército moderno del continente.

Nos queremos referir en estas líneas a Lope de Figueroa y Pérez de Barradas, paradigma del militar del siglo XVI y prototipo del soldado de los ejércitos de los Austrias, que se alistó vocacionalmente en el Tercio Viejo de Lombardía a la corta edad de quince años, llegando a ser maestre de campo del Tercio de Armada del Mar Océano, maestre de campo general de Portugal, general de las islas Terceras, capitán general de la costa del Reino de Granada, miembro del Consejo de Guerra de Felipe II, caballero de la Orden de Santiago y comendador de los bastimentos del Campo de Montiel. Hay pocas figuras en la historia militar de España con un recorrido similar, debido exclusivamente a sus méritos en combate y a su valía personal. A pesar de ello, Lope es un personaje algo conocido pero nada reconocido. La diferencia radica en que el «conocimiento» sólo implica el hecho de ser recordado, mientras que el «reconocimiento» conlleva una valoración positiva del recuerdo, algo que no ocurre —al menos de momento— con Lope de Figueroa.



Palacio de Peñaflores, en Guadix (Granada), donde Lope de Figueroa pasó parte de su juventud.
(Foto del autor)

A pesar de lo dicho, la importancia de su figura es axiomática, no necesita demostración: su historial es un repertorio de hazañas y su hoja de servicios la constatación de su valor y su lealtad. Siendo aún un joven oficial del Tercio Viejo de Lombardía, participó en encamisadas y razias contras los franceses, a las que se presentó voluntario con sus soldados, dando muestras de grandes dotes de liderazgo. Su primera campaña marítima fue el intento de recuperar Trípoli en 1559, que quedó frustrada en Los Gelves (actual isla de Djerba, en Túnez), donde cayó prisionero de los otomanos en 1560. Permaneció casi cuatro años cautivo, en prisión y galeras, hasta ser rescatado en 1564. El mismo año de su liberación, volvió a tomar las armas para participar en la recuperación del peñón de Vélez de la Gomera y en la campaña de Córcega. Aún siendo capitán, embarcó en las galeras de Álvaro de Bazán que llevaron a cabo el *Gran Soccorso* de Malta (1565), ocasión en la que demostró su valor y acometividad en la conquista de la torre de Falca, punto fuerte de la defensa otomana. Durante 1567 y 1568 se desplegó en Flandes con el duque de Alba, destacando por su heroísmo en la batalla de Jemmingen.

De Flandes se trasladó a la Península, donde levó un tercio, ya como maestre de campo, para incorporarse a la campaña de Juan de Austria contra los moriscos rebeldes de las Alpujarras. En 1571 tomó parte en la trascendental batalla de Lepanto con su Tercio del Mar Océano, también llamado de la Liga. A pesar de considerar que su ejército era un tercio de mar que debía combatir desde las galeras, volvió a Flandes por lealtad a Juan de Austria cuando éste le requirió. Recorrió el Camino Español en un tiempo récord y, en pleno invierno y una vez bajo las órdenes de don Juan, intervino en la toma de Philippeville, Limbourg, Dalem y otras ciudades rebeldes. Tras el fallecimiento de



Vista parcial del castillo de Serón (Almería). Lope de Figueroa sufrió varias heridas en el asalto a este castillo defendido por los moriscos. Una de ellas, un arcabuzazo en la pierna, le produjo una cojera de por vida. (Foto del autor)



Desembocadura del río Ems. Al fondo a la izquierda, la pequeña aldea de Jemmingen, que da nombre a la batalla en la que fue derrotado el ejército de Luis de Nassau durante la rebelión de Flandes. (Foto del autor)

Juan de Austria —que se produjo precisamente cerca de su campamento, en lo que hoy es la pedanía de Bouge (Namur)—, tomó parte en el asedio y conquista de la importante plaza de Maastricht bajo las órdenes de Farnesio. Entre 1580 y 1583 participó en la campaña de Portugal, destacando en la batalla naval de las Azores a bordo del galeón *San Mateo* en 1582 y en el desembarco de la isla Tercera en 1583, que fue modelo de operación anfibia y de maniobra operacional desde la mar. Con semejante historial, es justo que Lope de Figueroa tenga el merecido reconocimiento de sus compatriotas.

Dos hechos marcaron su vida: el cautiverio en Constantinopla y su relación con los grandes militares con los que combatió. Sus años en la mazmorra turca y en galeras le llevaron a luchar con gran desprecio de su vida, pues prefería morir a volver a ser hecho prisionero. Su relación con Fernando Álvarez de Toledo, Alejandro Farnesio y Juan de Austria, particularmente con este último, le permitió contagiarse de los valores de los grandes líderes del momento.

Contó en sus filas con soldados de tanto renombre como Miguel de Cervantes, quien había combatido en Lepanto encuadrado en el Tercio

de Moncada. A partir de abril de 1572, el Tercio de Figueroa absorbió al de Moncada, y Cervantes pasó a la compañía del capitán Ponce de León del Tercio de Figueroa, momento a partir del cual siguió todas las vicisitudes marítimas de una unidad de guarnición permanente de galeras hasta que dejó el servicio.

Con la incorporación de los hombres de Moncada, el Tercio de Figueroa llegó a contar con cuarenta y dos compañías y alrededor de seis mil ochocientos soldados, la mayoría «milicia española vieja» —que diría el duque de Alba—, cifra poco habitual en los tercios. De carácter eminentemente marítimo, fue famoso por su extraordinaria potencia de combate y considerado el mejor de su época. Su organización, armamento y equipo le permitían soportar las duras condiciones de la vida a bordo de las galeras sin merma de su eficacia ni en la mar ni en tierra, consiguiendo victorias que podían envidiar las unidades dedicadas a combatir solamente en tierra.

Y «como las cosas humanas no son eternas yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente la vida de los hombres» —que escribía Cervantes en *El Quijote*— y como Lope no tenía privilegio del cielo para que la suya fuera diferente, acabó sus días el 28 de



Desembarco de los tercios en la isla Terceira (Azores) en 1583 (detalle). Fresco de Nicolò Granello. Sala de las Batallas, Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

(Fuente: www.wikipedia.org)



Fachada de la iglesia de San Francisco, en Guadix, hoy en restauración, en la que reposan los restos de Lope de Figueroa. (Foto del autor)

agosto de 1585 a causa de una enfermedad, tras una vida al servicio de las armas, de su rey y de España, demostrando en todo momento haber sido «valiente por tierra y por mar».

Accitano de nacimiento, Lope quiso que sus restos se depositaran en la iglesia de San Francisco de Guadix, donde actualmente reposan en la cripta bajo el altar mayor.

Parafraseando a Ortega y Gasset, Lope representa una «variedad extrema de aquella estupenda fauna que eran los soldados de los tercios». En efecto, pertenecía a aquella estirpe de españoles que definía Marañón como «los mejores de la fase más eficaz que tuvo jamás nación alguna», los cuales consideraban un privilegio y un honor combatir en primera fila, la de mayor riesgo, que luchaban por su

rey y que tenían el vencer por costumbre. Eran, en palabras de Sancho de Londoño, «españoles que aman más la honra que la vida y temen menos a la muerte que a la infamia».

